

Conflicto israelo-palestino: estado de situación

José Rodríguez Elizondo

Tras los atentados terroristas del 11 de septiembre, en los Estados Unidos, el conflicto israelo-palestino alcanza una nueva dimensión en cuanto coartada ideológico-religiosa de Osama bin Laden para atacar a los Estados Unidos. Esto induce un mayor énfasis en el estudio de las raíces religioso-culturales del conflicto, en el marco del estancado proceso de paz. Al mismo tiempo, explica la estrategia del sector laborista que aún sigue a Shimon Peres, para relanzarlo desde un gobierno liderado por un adversario de los Acuerdos de Oslo. En este marco, debe contemplarse el rol de las organizaciones palestinas que actúan desde la disidencia a la Autoridad Palestina liderada por Yasser Arafat y su simpatía por las acciones de bin Laden. También es importante detectar la incidencia en las eventuales nuevas negociaciones de la enemistad personal entre el actual Primer Ministro israelí Ariel Sharon y el líder palestino. De otra parte, los atentados del 11 de septiembre de 2001 obligan a una nueva visión sobre el rol de los Estados Unidos en cuanto mediador o facilitador del proceso de paz, durante los gobiernos de Bill Clinton y de George W. Bush.

SINÓPSIS HISTÓRICA

La aprobación del plan de partición de Palestina de las Naciones Unidas, de 1947, dio inicio a una nueva historia para los judíos. Éstos la asumieron como la protocolización solemne que perfeccionaría el Estado pro-

pio, postulado por Theodor Herzl en el siglo XIX. Básicamente, porque entre los 33 países que votaron a favor estaban ambas superpotencias. Fue el más milagroso consenso de la guerra fría.

Pero esa partición también dio inicio a un conflicto de ámbito regional e interno, con proyección global, cuya mejor

síntesis está en la nomenclatura de la guerra de 1948 y en el lema sionista que se impuso. Para los judíos, aquélla fue la guerra de la Independencia, el conflicto armado que resolvió la crisis fundacional del Estado soberano de Israel. Para los árabes, fue la *Nakbat filastin*, estos es, la catástrofe palestina que arrojó a su gente a un vacío de soberanía territorial.

Entre los 33 países que votaron a favor de la partición estaban ambas superpotencias. Fue el más milagroso consenso de la guerra fría.

Esa nomenclatura bifurcada marcó el éxito del lema sionista respecto de Palestina: “una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra”. Un éxito de creativos políticos, maticemos, pues nadie informado podía desconocer la realidad-real de una mayoría árabe ya asentada en ese espacio. Desde tal perspectiva, habría sido más exacto –pero menos movilizador– aludir a una tierra bíblica sin Estado nación, para una nación bíblica sin Estado.

Todo lo cual indica que el conflicto estuvo marcado, en su origen, por el choque entre una fuerza judía minoritaria, pero coherente y una mayoría árabe que, en cuanto descoordinada, no pudo expresarse como una fuerza eficiente.

Así, para los judíos, la guerra del 48 marcó el triunfo del manifiesto mesiánico-laico de Herzl, encarnado en un movimiento sionista de *ethos* revolucionario, potenciado por la tragedia del Holocausto y ejecutado bajo el liderazgo carismático de David Ben Gurion. Como contraste, para los árabes de Palestina la catástrofe fue el previsible resultado de una anomia identitaria arrastrada. La misma que los mantuvo al margen de cualquier unidad político-administrativa, bajo el imperio otomano y que, bajo el mandato británico, los hizo aparecer como simple parte sur de la Gran Siria, sin líderes residentes. Muchos analistas consideran que fue el sacudón sionista de la Declaración Balfour, de 1917, el que vino a despertar, por rechazo, el sentimiento de una identidad nacional en los árabes de Palestina¹.

Desde el lado árabe hubo –hoy parece claro– un triple error de cálculo estratégico: respecto de la fuerza política de la resolución de la Organización mundial, respecto de la capacidad militar del enemigo y respecto del plus de fuerza que aportaba la relación sinérgica de una y otra. De ahí que, cuando las tropas británicas se marcharon de Palestina el 14 de mayo de 1948 y siete países árabes atacaron al autoproclamado Estado de Israel, el sorprendente resultado golpeó a los atacantes y a la opinión pública mundial. El nuevo Estado tenía un poder militar cuya eficiencia no estaba en las previsiones de nadie.

¹ V. *Orígenes y evolución del problema palestino*, estudio de la División de las Naciones Unidas para los Derechos de los Palestinos, Nueva York, 1990, Parte Primera.

Habría sido más exacto aludir a una tierra bíblica sin Estado nación, para una nación bíblica sin Estado.

A partir de entonces, los victoriosos israelíes asumirían concepciones geopolíticas y demográficas clásicas para justificar el control y colonización de los territorios poblados por árabes palestinos. En el ámbito árabe, esa realidad impulsaría una rápida diferenciación de intereses, que potenciaría la autoidentificación nacional de los palestinos y su progresiva autonomización combativa, bajo el liderazgo de Yasser Arafat. En el ámbito global, las superpotencias de la guerra fría lograron mantener el conflicto bajo las reglas del *zero sum game* –juego suma cero– con la Unión Soviética asumiendo la causa árabe-palestina y los Estados Unidos la de Israel.

En ese marco, el conflicto árabe-israelo-palestino llegó a estructurarse como un sistema de guerra intermitente, con treguas tácticas y tibios avances estratégicos hacia una solución pacífica. Lo último comenzó a percibirse gracias al realismo audaz del estadista egipcio Anwar Sadat –bien apoyado por el presidente de los Estados Unidos Jimmy Carter– cuando plasmó su dramática visita de 1977 a Israel. El gesto rompió la continuidad de las secuencias bélicas entre los dos contendientes principales de la región, iniciando un proceso bilateral de paz. Paz fría, si se quiere, pero con relaciones diplomáticas normales y proyección al mundo árabe en general y palestino en particular.

El fin de la guerra fría ayudó a bloquear las vías de retroceso y a servir como soporte para los avances que vinieron. En el nuevo contexto, la Conferencia de Paz para el Medio Oriente de 1991, en Madrid, inauguraría un proceso de paz cualitativamente distinto. En lo regional, porque ya no había superpotencia soviética que avalara la utopía panarabista de la inexistencia de Israel, o que disuadiera a otros países de la Liga Árabe respecto a la iniciación de relaciones diplomáticas con dicho país. En lo bilateral, porque fue el prelude de una negociación directa entre israelíes con Estado propio y palestinos con identidad nacional reconocida.

Este cuadro renovado condujo, en 1993, a los Acuerdos de Oslo y al *shakehands* de Washington entre Arafat y los líderes israelíes Itzhak Rabin y Shimon Peres, ante un complacido Bill Clinton. El lema de Oslo, “paz por territorios”, marcaba un triunfo del realismo político y reflejaba el sentimiento mayoritario de israelíes y palestinos. Parafraseando un dicho del ex canciller israelí Abba Eban, parecía que ambas partes, al reconocerse como interlocutoras en el marco de ese lema, comenzaban a actuar razonablemente, pero sólo después de haber cometido todos los errores posibles.

El conflicto árabe-israelo-palestino llegó a estructurarse como un sistema de guerra intermitente, con treguas tácticas.

Como *background* del acontecimiento podía discernirse un escarmiento se-

mielaborado, tanto desde la perspectiva de los palestinos como de los israelíes. Los primeros, porque tantas décadas de guerra les significaron serias tensiones –incluso enfrentamientos– con gobiernos árabes de la región y no les permitieron recuperar un centímetro del territorio que les reconocieran las Naciones Unidas en 1947. Los segundos, porque tantas décadas de victorias les enseñaron que la superioridad militar no bastaba para poner fin a su conflicto y los obligaba a hipotecar su desarrollo y a asumir una vida y una historia bajo amenaza permanente.

SUSTRATO CULTURAL

Previo al análisis del proceso de paz, cabe decir que en la base del conflicto existen circunstancias propias de Israel y de la región, cuya importancia suelen desconocer los analistas occidentales. Estos, condicionados por las semejanzas formales entre sus sistemas políticos y el de Israel, tienden a operar sobre la base de una contraposición simple: régimen democrático israelí *vs.* régimen autoritario palestino.

El lema de Oslo “paz por territorios” marcaba un triunfo del realismo político y reflejaba el sentimiento mayoritario de israelíes y palestinos.

Tal subvaloración del genoma cultural se da, incluso, en Samuel Huntington. Cuando este autor afirma, con ligereza, que Israel es un país “creado por Occidente”², está absolutizando el predominio del binomio judeo-cristiano por sobre el judeo-islámico, que también arranca del tronco abrahámico. Olvida que son las raíces y no las ramas las que sostienen el árbol y que Israel tiene una identidad preoccidental que constituye, simultáneamente, el factor de unidad y de separación con sus vecinos árabe-palestinos.

Huntington afirma con ligereza que Israel es un país “creado por Occidente”.

Tanto importa la diferencia, que ha impedido a Israel, hasta hoy, contar con una Constitución Política que lo homologue con los Estados occidentales. Se parte de la base de que ésta violentaría a quienes no conciben ley civil alguna por sobre la ley divina. Por lo mismo, los israelíes asignan prioridad polémica a los distintos criterios sobre territorialidad, siendo el bíblico *Eretz Israel* el referente básico. Este factor territorialista, con registros en el Antiguo Testamento, marca contraposiciones internas más fuertes que las político-económicas y las económico-sociales.

Por eso, el equivalente israelí aproximado al *wasp* norteamericano, es el *sabra* (nacido en Israel), políticamente la-

² Samuel Huntington, “The clash of civilizations?”, *Foreign Affairs*, verano de 1993, p. 31.

borista (“izquierdista”), de la etnia askenazi y religiosamente tolerante, siendo su opósito complementario el inmigrante diaspórico de simpatías likudistas (“derechistas”), etnia sefardí y religiosidad ortodoxa. Entre ambos prototipos se alinea una población multiétnica, que aporta las culturas de todos los países de la diáspora (prácticamente, de todo el mundo) y que, en el caso de los colonos en territorios palestinos, crea una cultura ensimismada, llena de tensión mesiánica.

Esas originalidades socioculturales permiten decir a los simpatizantes del Likud, con cierta malicia, que en Israel las guerras suelen iniciarlas los gobiernos laboristas y la paz suelen firmarla los gobiernos likudistas. Ejemplo clásico de la “anomalía” sería el acuerdo con Egipto de 1982, con Menachem Begin en el puesto de Primer Ministro y Ariel Sharon como ministro de Defensa.

No es menos compleja (aunque sí más lejana para la observación de Occidente) la estructura sociocultural palestina. Ésta, con sus diversos componentes locales y tribales (beduinos), también supone distintos y conflictivos relacionamientos en su ámbito interno y con el resto del mundo árabe.

Debido a la falta de Estado, en los territorios palestinos tiene mayor fuerza la pretensión de que la ley religiosa o *Shariá* prime sobre la legislación secular, con las consiguientes tensiones entre la población cristiana, drusa, musulmana y cre-

yentes de distintas denominaciones de esta última religión.

Quizás el mayor problema para la Autoridad Palestina (AP) sea que la religión todavía aparece como el factor más fuerte de identidad de la nación, induciendo conflictos de lealtades incluso en el ámbito estratégico. Esto explicaría que el proyecto de diálogo interreligioso del Vaticano fuera acogido antes por el mundo judío que por el musulmán, y que el Papa haya sido recibido mejor por Arafat que por los líderes religiosos palestinos³. Uno de los factores de confrontación entre la vieja y la joven guardia de la AP radica, justamente, en la política de alianzas respecto a las organizaciones islámicas, en el marco de la segunda Intifada.

Quizás el mayor problema para la autoridad palestina sea que la religión todavía aparece como el factor más fuerte de identidad de la nación.

Ubicado en esta desigual realidad, un analista occidental debe relativizar la perspectiva jurídico-política de los Estados laicos de derecho. La independencia entre la sociedad legal y las comunidades religiosas, que éstos consagran, es inaplicable en sociedades que carecen de Estado o que existían antes de adquirir forma estatal.

³ José Rodríguez Elizondo, *El Papa y sus hermanos judíos*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 2000, pp. 122-127.

CONTRADICTORIO PROCESO DE PAZ

Con toda su complejidad cultural subyacente, el proceso de paz rindió dividendos notorios en los primeros años.

Para Israel, el *relax* se tradujo en un retroceso del aislamiento internacional, tan amenazante en tiempos de la larga primera Intifada iniciada a fines de 1987. Además, catalizó un notable comportamiento de su economía, potenciando su industria turística y llevándolo a posiciones líderes en el ámbito tecnocientífico. Entre 1990 y 1996, el país creció al 6%, su ingreso per capita fue acercándose al de los países europeos desarrollados, comenzó a visualizarse la inflación casi cero que tiene hoy, redujo drásticamente su gasto militar, su tasa de desempleo también disminuyó e incrementó la producción y exportación de bienes con alta tecnología incorporada

Los palestinos, constituidos en Autoridad Palestina (AP), asumieron un control entre pleno y restringido sobre más del 50% de los territorios que reivindicaban y que contenían cerca de un 90% de su población. La Unión Europea estableció líneas de cooperación con su proto-Estado. El Presidente de los Estados Unidos Bill Clinton visitó a Arafat en sus territorios, como si nunca hubiera sido oficialmente clasificado como un enemigo terrorista.

El Centro Peres para la Paz comenzó a evaluar proyectos internacionales de desarrollo para los territorios palestinos.

Shimon Peres, su fundador, partía de la base de que la mejor seguridad para la existencia de un Estado judío estaba en la coexistencia con un Estado palestino libre de miseria.

Superficialmente mirado, ese progreso *in crescendo* parecía confirmar las previsiones de Oslo sobre la paulatina estructuración de una base de mutua confianza. Máxime cuando parte de la elite israelí llegaba a la convicción de que, si la confianza se mantenía, el Estado palestino se consensuaría sin problemas y hasta el tema de Jerusalem era “conversable”. De hecho, en mayo del 2000, a pocos meses de ser nombrado canciller, el líder laborista Shlomo Ben Ami reconocía al autor que “eso se tiene que hablar y se tienen que articular propuestas”. En su mente estaba la idea de extender más Jerusalem “y dividirla en una ciudad palestina y en otra israelí”⁴.

Sin embargo, aún penaban a ambas partes los errores cometidos y quedaban errores por cometer.

Los líderes dialogantes de Madrid, Oslo y Washington fueron visionarios para reconocer la necesidad de reconocerse.

Hoy puede advertirse que los líderes dialogantes de Madrid, Oslo y Washington fueron visionarios para reconocer la necesidad de reconocerse y, después,

⁴ José Rodríguez Elizondo, *ob. cit.*, p. 164.

para negociar sobre la base de un programa abierto y gradualista. Sin embargo, no fueron similarmente sagaces para dimensionar la fuerza y/o potencialidad de sus minorías disidentes y resistentes. El impacto de sus encuentros soslayaba una realidad dramática, según la cual representaban a mayorías débiles. Esto es, carentes de la masa crítica necesaria para imponerse, de manera categórica, en sus ámbitos respectivos.

**El proceso de paz podría definirse
como un producto de alta ingeniería
política pero sin un
sustrato social idóneo.**

El proceso de paz podría definirse, así, como un producto de alta ingeniería política, pero sin un sustrato social idóneo. Por lo mismo, nunca consiguió reflejar un nuevo y mejor talante de las poblaciones concernidas. Tal desfase, preexistente y subsecuente, impidió poner el énfasis en un período simultáneo de transición cultural, orientado a neutralizar el mesianismo de los colonos y de los fundamentalistas, incorporarse de lleno a un diálogo interreligioso y ejercer la docencia de la paz que se pretendía (o que se subentendía de los textos que los líderes firmaron).

El fenómeno fue más marcado en las filas palestinas, porque la elección formal de Arafat, en 1994, como Presidente (*Rais*) de la AP no supuso la instalación automática de una cultura democrática, con soporte en un debate político sistémico. En lo fundamental, la AP apa-

recía como la continuidad, con cambio sólo programado, de un tipo de liderazgo carismático surgido en el exilio y envejecido en el ejercicio de un poder político limitado.

Por una parte, aquéllo explicaba la carencia de un mediador orgánico y laico, encargado de internalizar el valor de lo negociado con Israel. Por otra, suponía la lejanía progresiva de las nuevas generaciones, críticas naturales de los usos y costumbres de la burocracia instalada por los dirigentes mayores, sobre todo en lo que respecta al manejo de recursos públicos. Esta pugna interna era funcional para mantener intacta la docencia de las autoridades islámicas, ancladas en todos los espacios sociales y eventualmente percibidas con mayor autoridad que los dirigentes políticos.

Paradójicamente, en el lado israelí el sistema democrático no marcó una diferencia cualitativa. Por cierto, inicialmente permitió que la mayoría favorable al proceso de paz impusiera su peso político, bajo la mediación del Partido Laborista (Avodá) gobernante y de sus aliados menores. Pero, esa hegemonía gubernamental no tuvo proyección decisiva, en cuanto tema de unidad nacional, orientado por políticas de Estado que impusieran su peso a las minorías estratégicas. La impresión fue, más bien, que el proceso de paz se inscribía entre los *issues* que identificaban, contradictoriamente, a los dos actores principales del sistema político. Dentro de esa lógica, el laborismo no pudo impedir que la interlocución de Arafat y los Acuerdos de Oslo fueran resistidos, *ab initio* y con mucha fuerza, por el

partido Likud y sus aliados menores. Tampoco pudo impedir que el Likud los invocara negativamente, para desplazar al laborismo de sus posiciones gubernamentales.

En tales circunstancias, creció la importancia clientelar de dos minorías: la de los colonos de los enclaves israelíes en los territorios palestinos y la de los religiosos políticamente militantes. Los primeros pugnaron por absolutizar el valor estratégico de sus posesiones, buscando la comprensión del Likud y de los religiosos. Éstos, especialmente los ortodoxos, descubrieron que el proceso de paz les abría un excelente espacio para mejor negociar sus reivindicaciones docentes y posiciones presupuestarias. Sintomático fue que, en este contexto, uno de los tres partidos religiosos, el *Shas*, incrementara dramáticamente su votación, convirtiéndose en el tercer partido del sistema, amenazando la hegemonía de laboristas y likudistas.

LA OPORTUNIDAD PERDIDA

Con todo, la perseverancia de las mayorías israelíes y palestinas, aunque desprolija, llevó el proceso casi hasta su tramo final. Así pudo apreciarse, en julio de 2000, con una audaz movida de Barak en la Cumbre de Camp David. Allí, con Ben Ami como canciller, ofreció la devolución de un 95% de los territorios palestinos reclamados, sugirió debatir compen-

saciones por el resto y abrió la posibilidad de diálogo sobre los refugiados y el antes intocable tema de Jerusalem. La estadi- dad palestina lucía como un subentendido no polémico.

Jamás Israel había producido una apertura semejante y nunca los Estados Unidos –plan Clinton mediante– habían presionado tanto para ello. Sin embargo, la plausible esperanza de un acuerdo final se frustró, a partir de la convergencia, casual o no, de dos acontecimientos producidos por las minorías: la provocativa visita del líder opositor Ariel Sharon a la jerosolimitana Explanada de las Mezquitas (Monte del Templo, en nomenclatura judía) y el inicio de una segunda Intifada palestina, impulsada por Hamas, Jihad Islámica y las generaciones más jóvenes surgidas a la sombra de los viejos líderes de la AP. La violencia desatada hizo innecesaria, al parecer, una respuesta expresa de Arafat a la última (literalmente) oferta de Barak.

“Nunca se había estado tan cerca de un acuerdo de paz”, verificaría, melancólico, Samuel Hadas, reputado analista diplomático israelí⁵.

Las minorías opositoras fueron despojando a los Acuerdos de Oslo de su conmutatividad intrínseca.

Lo señalado explica cómo las minorías opositoras fueron despojando a los Acuerdos de Oslo de su conmutatividad

⁵ Samuel Hadas, “La batalla de Jerusalén”, revista *Política Exterior*, noviembre-diciembre de 2000.

intrínseca. El trueque de territorios por paz se mantuvo como fórmula, pero su dificultosa, lenta y exasperada plasmación anuló su efecto político proyectado: el de crear una atmósfera de creciente confianza entre ambas partes.

Para demasiados palestinos los Acuerdos de Oslo sólo se justifican como una de las diversas formas de lucha, entre las cuales el terrorismo.

En tal contexto, para demasiados palestinos los Acuerdos de Oslo sólo se justifican como una de las diversas formas de lucha, entre las cuales el terrorismo, para recuperar los territorios ocupados o para renovar el objetivo panarabista de arrojar a los israelíes al mar. En cualesquiera de los dos casos —en especial, luego de la evacuación israelí del sur del Líbano, a partir del hostilización de Hizbollah— estas minorías privilegian la retirada unilateral de Israel y la declaración unilateral de un Estado Palestino.

Como contrapartida, para demasiados israelíes Arafat resulta un interlocutor impresentable. Los más bondadosos lo ven como rehén de los movimientos fundamentalistas Hamas y Jihad Islámica. Otros siguen viéndolo como el mismo terrorista de las primeras décadas de enfrentamiento, sólo que con mala salud y más viejo. Juntos entienden que Arafat trata de obtener concesiones israelíes por la negociación,

bajo aperebimiento de violencia, o por la violencia, bajo la excusa de que ésta escapa a su control. Juntos ignoran los frágiles equilibrios internos del poder palestino, tensionado por la vieja guardia de la OLP, la joven guardia de la AP y las organizaciones fundamentalistas islámicas⁶.

Esta situación de desconfianza sostenida terminó afectando el ascendiente interno y externo de ambos liderazgos. En el caso palestino, el fenómeno fue percibido a través de la disidencia generacional y de la incrementada aceptación social, en sus territorios, de Hamas y de Jihad Islámica. Dichas organizaciones, cuya docencia y actividad eran contradictorias con la existencia y política oficial de la AP, significan un fuerte menoscabo de la autoridad real de Arafat. Por lo mismo, implican una seria merma de su poder negociador y de su aceptación internacional en las democracias occidentales.

Por la apertura y polemicidad de su debate, el fenómeno fue más visible en Israel y tuvo mayor impacto comparativo en sus críticos externos. Partió, dramáticamente, cuando un terrorista judío —religioso ortodoxo y enemigo del proceso de paz— asesinó al Primer Ministro laborista Itzhak Rabin, en 1995. A partir de ese magnicidio, que convirtiera a Rabin en mártir de una causa divisiva, ningún gobierno israelí ha completado su período. Por retardar o sabotear el avance de dicho proceso, el likudista Benjamin Netanyahu debió irse a medio camino. El si-

⁶ V. sobre el tema a Kalil Shikaki, *Old Guard, young guard: the Palestinian Authority and the peace process at cross roads*, Palestinian Center for Policy and Survey Research, Ramallah, diciembre de 2001.

guiente gobernante, el laborista Ehud Barak, también debió llamar a elecciones anticipadas, cuando se mostró dispuesto a hacer concesiones impopulares. Esta especie de juego de las sillas musicales, síntoma de ingobernabilidad, fue abriendo paso a la elección como Primer Ministro del likudista Sharon, resuelto adversario de los Acuerdos de Oslo.

SHARON Y ARAFAT

“Quien no cree en milagros en Israel no es realista”, solía decir Ben Gurion. Sharon debe practicar ese tipo de realismo, pues necesitó por lo menos tres milagros para llegar al premierato israelí.

Para demasiados israelíes, Arafat resulta un interlocutor impresentable.

El primero fue que su correligionario Netanyahu lo repusiera en la primera línea del poder, nombrándolo canciller. Y no porque le profesara una especial consideración, sino porque así daba una fuerte señal de desafección hacia los Acuerdos de Oslo.

El segundo fue que el laborista Barak cometiera todos los errores políticos que puede cometer un líder autoritario, en una sociedad libertaria y polemista: mandonismo, concentración de responsabilidades, desconfianza en los líderes intelectuales –Peres y Ben Ami, especialmente– e identificación de las posibilidades teóricas del estratega con las posibilidades concretas del conductor político.

El tercero fue que los israelíes siguieran reconociendo a Peres como visionario mayor del país... pero negándole su voto en las elecciones.

Gracias a esa trilogía milagrosa, Sharon se encontró no sólo con el poder máximo, sino con una oportunidad literalmente histórica para cambiar el tono oscuro con que estaba pasando a las enciclopedias. Ese que lo describe como comando de coraje, oficial de difícil subordinación ante el general Itzhak Rabin, ministro que no dijo la verdad a Menachem Begin durante la operación *Paz en Galilea* y responsable político de la masacre de Sabra y Chatila.

Esa oportunidad se expresaba en un menú con dos posibilidades: ser consecuente con su agresiva imagen pública o privilegiar las coyunturas de excepción de esa misma imagen.

La primera opción implicaba mantener el *statu quo* territorial, desahuciar formalmente los Acuerdos de Oslo y volver a la pretensión de “paz por paz”, sin concesiones. Suponía, obviamente, asumir la fatalidad de una nueva guerra.

La segunda opción era la de quien sabe distinguir entre la responsabilidad superior del gobernante y la demagogia eventual del líder opositor, reconociendo el nuevo cuadro pos guerra fría, la diseminación del poder nuclear (ya existe la “bomba atómica musulmana”) y el riesgo de convertirse en el tercer Primer Ministro *interruptus* de la secuencia. Esto suponía, de partida, mantener los Acuerdos de Oslo en hibernación, esperando la oportunidad propicia para descongelarlos.

Los debilitados partidarios de los Acuerdos de Oslo, con Peres a la cabeza, apostaron a la segunda opción y *con ello la hicieron viable*. Intuían —o querían intuir— que las decisiones divisivas al interior de una sociedad pueden ser implementadas, con mayor eficacia comparativa, por quienes fueron sus antagonistas previos. Justificaban tal intuición a partir de la poco difundida experiencia del propio Sharon, quien estuvo a cargo de dismantelar ciudades y bases israelíes en el Sinaí, tras el Acuerdo de paz con Egipto.

Esta débil apuesta por la esperanza estuvo en la base del actual gobierno de Unidad Nacional, con Peres como canciller y garante de Sharon. La coalición, en sí misma, pareció plasmar la opción del Primer Ministro por la segunda opción o, al menos, demostró dos cosas: que esta vez no es partidario de una disuasión bélica preventiva, como quisieran sus seguidores más extremistas, y que el espíritu de Oslo es más fuerte de lo que suponen sus creadores y de lo que quisieran sus adversarios.

**Si bien la paz se negocia entre
enemigos, los códigos no escritos de
cualquier negociación indican que
éstos no deben serlo
en términos personales.**

Sin embargo, hay un problema soslayado por el *wishful thinking* que ins-

pira este nuevo gobierno de Unidad Nacional. Puede frasearse diciendo que, si bien la paz se negocia entre enemigos, los códigos no escritos de cualquier negociación indican que éstos no deben serlo en términos personales. Y esto es lo que sucede, precisamente, entre Arafat y Sharon quienes, desde jóvenes y hasta sus respectivas setentenas, han sido paradigmas casi literarios del combate con odio. En esta etapa del conflicto, ambos escenifican la última parte de una saga de ataques y persecuciones, en la cual Arafat ha representado el papel del guerrillero-terrorista y Sharon el del militar-militarista.

Con todo —quizás porque el odio expresado es, algunas veces, cobertura de un respeto silencioso— el impacto real de esta querrela bipersonalizada se ha relativizado, gracias a Arafat. Más autocontenido o más astuto, el líder palestino no ha incurrido en la expresión de sentimientos personalizados hacia Sharon. De algún modo, intuye que su propia sobrevivencia política, interna e internacional, está ligada a la mantención de su interlocución con los líderes israelíes. Además, sabe que el sistema democrático israelí le permite contar con interlocutores alternativos, a tenor de los cambios que producen los electores. De ahí su correcta relación con Peres, a sabiendas de la dura crítica que éste le ha formulado por “su participación en el terrorismo, su notoria incapacidad de tomar decisiones y su predilección por maniobras tácticas interminables”⁷.

⁷ Shimon Peres, *Mi lucha por la paz*, Editorial Prensa Ibérica, Barcelona, 1995, p. 231.

No sólo eso. Hasta es lícito suponer que Arafat también aceptó, al inicio, la tesis de que Sharon tenía mejores posibilidades que Peres para conducir un proceso de paz resistido por minorías fuertes e intratables. Estimó, tal vez, que la imagen del guerrero odiado y/o temido imponía más prudencia y resignación entre sus disidentes propios.

No son especulaciones de novelista. El autor estaba diplomáticamente *in situ*, en octubre de 1998, cuando Sharon fue nombrado canciller y Arafat manifestó que era “asunto interno israelí”. Comunicó así, de manera sutil, que no habría veto palestino y puso anticipadamente la mejilla ante quien diría, días después, ante la prensa y el cuerpo diplomático, que se negaba a darle la mano en razón de su historial terrorista. Es que el líder palestino –al contrario de muchos israelíes– ya pensaba a Sharon como un Primer Ministro posible y, en vez de fulminarlo con una *fatwa*, asumía la necesidad de dialogar con él.

A partir de ese gesto de Arafat, una somera investigación permitió descubrir que, entre la condena de Sharon en Israel por su responsabilidad política en la masacre de Sabra y Chatila –ejecutada por milicias libanesas– y su nombramiento como canciller de Netanyahu, tuvo por lo menos dos entrevistas secretas con altos representantes de la AP: Mahamud Abbas y Ahmed Qurei. Éstos no temieron ir hasta su granja, en el Neguev, y dar la mano al gran perseguidor de Arafat.

Por eso, antes del 11 de septiembre de 2001 era dable pensar en el cuarto milagro relacionado con Sharon: que, en

determinadas circunstancias, cortara la ambigüedad estructural de su gobierno, recuperara la oportunidad perdida de Camp David II y estrechara la mano de su viejo enemigo Arafat.

El atentado terrorista de esa fecha en los Estados Unidos y los siguientes que se produjeron en Israel crearon, al parecer, un buen escenario para que Sharon descalificara a Arafat como “interlocutor irrelevante”. Con ello, la hipótesis del cuarto milagro quedó suspendida para mejor oportunidad.

TERRORISMO FUNDAMENTALISTA

De lo señalado en los párrafos precedentes se desprende que el proceso de paz ha debido coexistir con distintos niveles de violencia. Podría decirse que la guerra con treguas y con guerrillas, iniciada en 1948, fue sustituida por una violencia sin guerra, caracterizable por una metodología binaria: atentado de quienes se autoperciben como pueblo irredento y represalia de quienes se autoperciben como pueblo en crisis de seguridad.

Hoy se trata de una violencia diseñada para obstaculizar los avances en el proceso de paz y/o para neutralizar a sus gestores. Nadie serio discute, en Israel, que la sensación de inseguridad que produjeron los atentados palestinos, posteriores al asesinato de Rabin, sirvió para infligir una significativa derrota a Peres en las elecciones de 1996. También parece claro que la Intifada II, en cuanto réplica al paseillo de Sharon

por la Explanada de las Mezquitas, fue funcional para paralizar *sine die* dicho proceso.

El terrorismo, componente exasperado de esa violencia, también fue creciendo con cada coyuntura de avance hacia la paz. Pero, en este caso, su aumento cuantitativo derivaría hacia una mutación cualitativa de implicancias globales.

El terrorismo fue creciendo en cada coyuntura de avance hacia la paz.

Esto recién comenzó a percibirse en junio del 2001 cuando un joven palestino se ciñó explosivos al cuerpo, para morir junto con veinte jóvenes judíos que se divertían en una discoteca de Tel Aviv. Dos meses después, un nuevo atentado en una pizzería ubicada en el corazón comercial de Jerusalem, a cargo de dos terroristas suicidas, produjo mayor cantidad de víctimas de cualquier edad, sexo, estirpe y condición.

Como suele suceder, la sistematicidad, periodicidad y nuevo sesgo no fueron percibidos de inmediato. Todos los actores perseveraron en secuencias, internas y externas, estereotipadas: el gobierno israelí proyectó su réplica, entrevistados palestinos explicaron que había terrorismo porque había ocupación, los gobiernos de terceros países y las Naciones Unidas pidieron a Arafat que condenara el atentado y a Ariel Sharon que no autorizara represalias. El horror había engendrado una rutina.

Sin embargo, en Israel estaba emer-

giendo, por aproximaciones sucesivas y ante la inadvertencia de los especialistas, un nuevo tipo de guerra.

Primero, la superioridad militar de las fuerzas israelíes había forzado al liderazgo palestino, representado por la OLP, a comprometerse en un equivalente de la guerrilla clásica, partiendo de “santuarios” externos. Luego, desde los territorios palestinos, la OLP ensayó una “guerra especial”, de desgaste y con métodos terroristas, equivalente a la del *vietcong* de los años 60. Finalmente, comprometida la OLP con la AP y con Oslo, tomó el relevo violentista la disidencia palestina de obediencia fundamentalista, decidida a potenciar el terrorismo hasta niveles inéditos.

Esa disidencia, representada por Hamas y Jihad Islámica —y apoyada por Hizbollah desde el Líbano— ya no trataría de imponer una voluntad política a través de una violencia aterrorizante, sino de producir un holocausto escarmentador, con propios y ajenos. Ante lo que percibía como intransigencia israelí y debilidad o traición de Arafat, pasaba del aforismo negociador clásico “si no puedes vencerlos únete a ellos”, a un tácito “si no puedes liderar políticamente ni vencer militarmente, destruyámonos todos”. Al efecto, su arma especial era un voluntariado suicida.

Intuyendo difusamente lo que se estaba procesando, el autor hizo algunos pronósticos desde su columna periodística, en agosto de este año. Entre ellos, que Arafat dejaría de ser considerado como interlocutor válido por el gobierno de Israel y que “atentados terroristas y

represalias se convertirán en una forma coyuntural de guerra”⁸.

A menos de un mes, los brutales atentados en las Torres Gemelas y el Pentágono confirmaron la fuerte relación entre ambos terrorismos. Instantáneamente, se desencadenaron secuencias políticas paralelas en Israel y en Afganistán: Arafat condenó dichos atentados y puso distancia con las manifestaciones de alegría de fundamentalistas palestinos; el Primer Ministro Sharon identificó a Arafat con Osama bin Laden; el canciller Peres sostuvo que los equivalentes de bin Laden son Hamas y Jihad Islámica, y bin Laden, consciente del debate en Israel, quiso asumir la causa palestina sobrepasando el liderazgo de Arafat.

Bin Laden daba a entender que la vinculación de la causa palestina era funcional a sus pretensiones de liderazgo panislamista.

Más allá de un eventual oportunismo, bin Laden daba a entender que la vinculación con la causa palestina era funcional a sus pretensiones de liderazgo panislamista, a partir de una estrategia apoyada en terroristas suicidas y orientada al autocumplimiento de la profecía de Samuel Huntington sobre la guerra de las civilizaciones. Por eso, su estrategia aparece como

la expresión globalizada de la estrategia de Hamas, Jihad Islámica y Hezbollah.

Hasta podría decirse que, ese día de septiembre, los ejecutores de bin Laden estrenaron un silogismo derivado del de los fundamentalistas palestinos: si eliminar del mapa a Israel es militarmente imposible, los Estados Unidos (y Occidente) son civilmente vulnerables.

ROL DE LOS ESTADOS UNIDOS

Durante la guerra fría, los Estados Unidos fueron la superpotencia antagónica para los países árabes, pero su gestión no siempre fue apreciada al interior de Israel. Para el sector israelí más acendradamente “territorialista”, los gobiernos norteamericanos no supieron prevenir la expansión de la influencia soviética, fueron ingenuos al oponerse a la estrategia de disuasión preventiva y nunca demostraron un conocimiento acabado de la problemática regional. Yoash Tsiddon-Chatto, representante conspicuo de dicho sector, dice que, al sustituir al Reino Unido como potencia dominante en la región, los Estados Unidos lucían como “un recién llegado que tenía problemas para leer el mapa del Medio Oriente” (agrega, con mordacidad, que “todavía los tiene”)⁹.

Es que el conflicto israelo-palestino, pese a su presencia asegurada en la agenda internacional de la superpotencia, no

⁸ V. “¿Callejón sin salida?”, *La Nación*, 10 de agosto de 2001.

⁹ Yoash Tsidon-Chatto, 1938/9... 2001/2: *different circumstances... same spirit?*, texto presentado en programa de visitas de la Unión Europea, para periodistas y representantes de organizaciones no gubernamentales de Israel, Bruselas, 25-30 de noviembre de 2001.

se ha beneficiado con una política de estado sostenida y consistente. El tratamiento del tema se ha inscrito, como muchos otros, en el equilibrio inestable del aislacionismo tradicional y del intervencionismo con políticas de corto plazo.

Al margen de esa paradójica constante de comportamiento variable, el fin de la guerra fría y la inmediata Guerra del Golfo, trajeron un cambio político importante. Los gobiernos norteamericanos percibieron la necesidad y posibilidad de un trabajo conjunto con parte del mundo árabe, lo cual obligaba a una flexibilización de su estratégica alianza con Israel. En agudo análisis del periodista español Miguel Ángel Bastenier, la superpotencia, ahora solitaria, debía asumir un doble rol: el propio y el de la desaparecida Unión Soviética. Esto significaba “procurar una solución fuertemente ventajosa, aunque no necesariamente inicua, para Israel (...) e impedir la humillación invencible de los palestinos”¹⁰.

A partir de este nuevo libreto, el presidente demócrata Bill Clinton tuvo dos grandes intuiciones. Una, comprender que ambas partes, sin poder reconocerlo, anhelaban una intervención más comprometida de los Estados Unidos. La otra, asumir que las proyecciones del conflicto seguían siendo globales y, por tanto, afectaban la seguridad de su país. A partir de ese doble entendimiento, su intervención fue indispensable para mantener vivo el proceso de paz hasta su último día en la Casa Blanca.

La intervención de Clinton fue indispensable para mantener vivo el proceso de paz hasta su último día en la Casa Blanca.

Mérito táctico de Clinton fue hacer transparentes sus desencuentros con el Primer Ministro israelí Beniamin Netanyahu, para mostrar a los palestinos que también podían darse contradicciones fuertes entre aliados. Fue una manera inteligente de convertir la amistad con Israel en un hecho más del conflicto, haciendo aceptable para la AP lo que antes habría sido inconcebible: que un gobierno norteamericano también postulara a la amistad palestina o, al menos, que fuera aceptado como un *honest broker*.

Desgraciadamente, le faltó tiempo. Camp David II fue una cumbre con un anfitrión saliente y eso, en definitiva, resultó más grave que la debilidad de Barak o el entrampamiento de Arafat. De todas maneras, puede pronosticarse que el plan postrero de Clinton, con especial incidencia en Jerusalem (eventual soberanía palestina en la superficie de la Explanada de las Mezquitas, manteniendo para Israel la soberanía del subsuelo, donde habría vestigios del Templo de Salomón), se mantendrá como antecedente válido de cualquier arreglo futuro. Esto, naturalmente, con la dura oposición de los sectores representados por Sharon. De hecho, éste se ha adelantado a advertir

¹⁰ Miguel Ángel Bastenier, *La guerra de siempre*, Ed. Península, Barcelona, 1999, p. 271.

que ya pasó la oportunidad de implementar el plan Clinton y que lo que Barak ofreciera a Arafat en Camp David “nunca se le volverá a ofrecer”¹¹.

Ya en la Casa Blanca ese aislacionismo reapareció, avalado por prestigiosos economistas a quienes nunca se les ocurrió vincular los conflictos externos con la seguridad doméstica de los Estados Unidos.

Por lo señalado, el cambio presidencial y de talante en la Casa Blanca no favoreció un relanzamiento del proceso de paz. Desde su campaña electoral, George W. Bush había criticado el alto y costoso nivel de compromiso de Clinton con ese *issue*, anunciando un verdadero *revival* del viejo aislacionismo norteamericano. Por cierto, ganó puntos electorales, pues ello lo identificaba con el norteamericano medio estadístico, que cree en el fin de la historia, rechaza lo que estima dispendio de recursos en el extranjero y culpa al “lobby judío” por la importancia que el Departamento de Estado asigna al conflicto del Medio Oriente.

Ya en la Casa Blanca, ese aislacionismo reapareció, avalado por prestigiosos economistas a quienes nunca se les ocurrió vincular los conflictos externos con la seguridad doméstica de los Estados Unidos. Lester Thurow, uno de los

más caracterizados, había escrito algo que merece reproducirse *in extenso*, para poder comprender la errónea formación y la mala información de Bush:

“Negociar la paz en Medio Oriente tenía sentido cuando existía la amenaza de que la URSS interviniera y los Estados Unidos tenían que competir con ella para obtener la adhesión árabe, pero ya no vale la pena negociar la paz, cuando la amenaza del comunismo ha desaparecido. ¿Por qué van a ser tan generosos los contribuyentes norteamericanos no judíos hasta el punto de costear la paz entre Israel y los árabes? Dejémoslos pelear si lo desean, los rusos no van a arriesgarse y cualquier cosa que suceda, de todos modos no afectará a los Estados Unidos”¹².

Por ceñirse a análisis tan superficiales—o frívolos—como el transcrito, el presidente Bush creyó posible marginarse, sin mayores consecuencias, de un conflicto con raíces profundas en la historia y en la cultura del planeta. Con ello, asumió el riesgo de perder control sobre un proceso de paz que afectaba no sólo teóricamente a los Estados Unidos.

Esto último pudo verificarlo, de manera catastrófica, el día del ataque a las Torres Gemelas y al Pentágono, cuando su país se reveló como objetivo principal de un terrorismo fundamentalista, cuya coartada religiosa estaba en Israel.

El 7 de octubre, a menos de un mes, bin Laden le lanzaría una amenaza confirmato-

¹¹ Entrevista para el *Washington Post*, reproducida por *El Mercurio*, 7 de noviembre de 2001.

¹² Lester Thurow, *El futuro del capitalismo*, Javier Vergara Editor, Buenos Aires, 1996, p. 169.

ria: “Juro a Alá que América no vivirá en paz antes de que la paz reine en Palestina”.

OCHO Y MEDIA CONCLUSIONES

PRIMERA.- En el proceso de paz israelo-palestino se ha pretendido obviar el requisito esencial de cualquier negociación: que las partes renuncien a la pretensión de imponer sus posiciones máximas –para eso está la guerra– pues una buena solución significa conceder. Esto es, distribuir ganancias y pérdidas. Si nada hay que conceder, el juego diplomático nace para agonizar, las conversaciones coexisten con las escaramuzas y cualquier avance puede adjudicarse más a la violencia que a la diplomacia.

SEGUNDA.- La incompatibilidad entre un proceso de negociación real y la voluntad de imponer posiciones se superpone al problema de los riesgos personales de los negociadores flexibles. Las fuertes minorías adversas al proceso de paz ya han demostrado que pueden retirarles la confianza política y que pueden cobrar hasta con el magnicidio una opción por la paz que no complazca las expectativas maximalistas.

TERCERA.- Los riesgos políticos internos de la negociación son más altos para los palestinos que para los israelíes y esa debió ser la razón por la cual Barak arriesgó más que Arafat en Camp David II. De hecho, el líder israelí enfrentó un riesgo personal que ya se materializó –fin anticipado de su mandato– por entender, de manera implícita, que su eventual desapa-

rición, física o política, no amenazaba a un Estado con cinco décadas de consolidación, un poder militar sofisticado y un sistema democrático que garantiza los relevos. Distinto sería el caso de la desaparición de Arafat, con un Estado en embrión, sin Ejército moderno, sin instituciones democráticas consolidadas y con organizaciones fundamentalistas internas apoyadas por Siria, Irak, Irán y por organizaciones externas homólogas, entre las cuales Al Qaeda, de Osama bin Laden.

Bush asumió el riesgo de perder el control sobre un proceso de paz que afectaba no sólo teóricamente a los Estados Unidos.

CUARTA.- El fracaso de la cumbre de Camp David II es sólo relativo, en cuanto abrió nuevas posibilidades para negociaciones futuras. Las concesiones posibles que planteó Barak y el silencio con que las recibió Arafat, sugieren un comienzo de desbloqueo de las posiciones maximalistas. Parece lógico volver a ese momento, en negociaciones futuras, para llegar a un consenso que permita estructurar un Estado palestino viable, yuxtapuesto a un Israel seguro.

QUINTA.- El proceso de paz ha marcado un gran desfase cultural entre cúpulas políticas y bases sociales de ambas partes, confirmando a) que las mayorías débiles deben transformarse en mayorías fuertes

si quieren imponer proyectos de envergadura total; b) que para ello no sirve el liderazgo sólo autoritario, ni basta el simple trabajo político orientado hacia las elecciones próximas y c) que las fuertes posiciones docentes de las autoridades religiosas deben ser orientadas hacia la paz, en el contexto de sus propias creencias.

SEXTA.- El conflicto del Medio Oriente no puede ni debe ser analizado sólo desde los prismas políticos, económicos, jurídicos y sociológicos de las democracias occidentales. Cualquier análisis que se pretenda válido, para la región, debe dar cuenta de sociedades donde la religión no se mantiene sólo en el ámbito privado y/o donde lo político-cultural depende de lo cultural-religioso. A este respecto, es necesario profundizar en las posibilidades del diálogo interreligioso, a partir de la positiva experiencia católico-judía, tras la visita del Papa a Israel.

SÉPTIMA.- El orden internacional en plasmación hace ineludible el compromiso de los Estados Unidos con cualquier proceso de paz en el Medio Oriente. Sus

gobernantes, por serlo de una superpotencia única, no pueden aspirar a roles de simple observador, excusándose en la neutralidad o en el ahorro para sus contribuyentes. La realidad ya demostró al liderazgo norteamericano que es inútil tratar de eludir un conflicto, si el conflicto no quiere eludir a los Estados Unidos.

OCTAVA.- Obviamente, la AP podría declarar la estadidad palestina de manera unilateral. Sin embargo, la viabilidad y/o legitimidad internacional de un futuro Estado palestino depende, hoy, de un relanzamiento del proceso de paz con Israel y de un claro rechazo a las pretensiones tutelares de Osama bin Laden. Por lo mismo, la AP debe fortalecer su ascendiente social interno, para encuadrar bajo su liderazgo a las organizaciones palestinas que rechazan el proceso de paz y aplican métodos terroristas. El gobierno de Israel, por su parte, debiera asumir con realismo el liderazgo vigente de la AP, evitando impulsarlo a la órbita de Al Qaeda.

MEDIA.- Si hay un país donde a los analistas que formulan conclusiones asertivas les ha ido mal, ése es Israel.